

Recordar, compartir, aprender

## Zaragoza

Vicente Abad Lafuente, 77 años

Alicia Abril Carrera, 18 años

### CONSTRUYENDO UNA VIDA

Tiene 77 años y, tras los cristales de sus gafas que tanto mundo han recorrido, unos ojos relucientes de vitalidad que acompañan la sonrisa infantil con la que me recibió.

Su historia no le convierte en un héroe, no ha rescatado princesas ni luchado contra dragones, no es una leyenda, pero a veces las mejores historias se esconden tras la vida más humilde.

Vicente nació en Zaragoza en 1931, recuerda con gran detalle cada una de las casas y lugares que conoció no sólo en su infancia sino a lo largo de toda su vida. Con tan solo cinco años, tuvo que hacer frente a la guerra civil que asoló el país y acabó con su infancia al perder a una pieza fundamental en su vida: su padre. La vida tras la guerra no fue mucho mejor, Vicente tuvo que luchar contra la pobreza refugiándose en la caridad, se hizo monaguillo porque como él dice: “Allí me daban almuerzo y merienda, que en esa época eran algo raros”. Iba a la escuela pero las circunstancias no favorecieron su afán de aprender y tuvo que dejarla para empezar a trabajar en una tienda de ultramarinos. De dependiente a chapista, pasando por repartidor y espigador, hasta que finalmente a los 14 años inició su aprendizaje como albañil, y empezaría realmente la construcción de su vida.

Compaginaba su trabajo en la construcción con clases nocturnas en una escuela para aprender todo lo que la guerra le había impedido y donde dice, el maestro le tenía mucho cariño por el interés que mostraba. Pero después de dos años tuvo que marcharse a Bilbao (“A buscarse las habichuelas”), allí le llegó el momento de realizar el servicio militar, en Melilla.

Regresó a Zaragoza donde conoció a la que sería el amor de su vida, Azucena, con la que tuvo cinco hijos. Pero su espíritu viajero seguía vivo, así que por motivos de trabajo se marchó a San Sebastián y finalmente a Francia. Tras una breve odisea sin saber francés y sin saber qué les depararía el viaje, la cuadrilla con la que viajaba encontró trabajo y su mujer y sus hijos se trasladaron también a territorio francés.

Recuerda esos años con cariño. Aunque al principio todo fue muy duro, reconoce que los franceses son muy solidarios y que después de un tiempo, la asistente social les concedió una vivienda digna por ser familia numerosa.

Viviendo en Burdeos su hija se quedó embarazada pero las cosas no salieron como se esperaba, pues eran demasiado jóvenes y la relación con el padre no funcionó ya que quería que abortara. Vicente no accedió y luchó por su nieto que, como él mismo explica: “Se convirtió en el ojito derecho de la familia”.

Poco tiempo después volvieron a su casa en Zaragoza, dejando atrás a uno de sus hijos que decidió quedarse en Francia. Como oficial de primera llegó a sus 60 años, momento en el que dejó la albañilería como trabajo de construcción para pasarse a la enseñanza del oficio.

Un culo inquieto como el de Vicente no soportaba estar sin trabajar, así que inició su andanza en un centro socio laboral, donde trabajaba a media jornada como profesor. Después de un año, en 1993 su contrato se amplió a jornada completa en ACOPAL, un centro de la Almozara. Fue en este centro donde definitivamente se jubiló. Orgulloso, Vicente me enseña el último boletín informativo que le hicieron sus alumnos como homenaje de despedida. En él recogen su larga trayectoria y le describen cariñosamente como ‘SuperVicente, el niño que cambiaría el significado de la albañilería’.

La jubilación no supuso para Vicente el inicio de unas largas vacaciones, sino que se dedicó a aprender y a seguir disfrutando de la vida sin que su edad fuera ningún impedimento. Se convirtió en miembro de la Junta

